

EL LADRÓN

ANTONIO eligió entre los boteros que le ofrecían embarcación uno cualquiera, sin mirarle ni discutir precio.

Luego, ya dentro del bote, mientras la lancha sorteaba hábilmente los cascos enormes de los buques y las otras lanchas pequeñas, agrupadas sobre las aguas sucias y espesas del puerto, Antonio Almenara miró al remero.

Era un hombre alto y fuerte. Tenía anchas las espaldas; foscamente negra y enmarañada la barba; los ojos, duros y penetrantes. El sol y el aire del mar le habían ido quemando la piel hasta curtirla. Al rítmico é igual ademán de remar, se acusaban, enérgicos, los bíceps desnudos.

Daba una sensación de vigor y de audacia, que sería noble sin la mirada penetrante y dura, sin el instintivo gesto que contraía, á veces, sus labios, desnudándole los dientes.

Antonio Almenara dejó de mirarle.

«¡Bah! Después de todo, no estaban en medio de un camino, lejos de todo auxilio; lo más que podía preocuparle era el sobreprecio de unos cuantos reales.»

La lancha iba saliendo á mayores espacios de agua libre.

Empezaban á escasear los botes, y las viejas gabarras, los bateles despintados y vacíos se movían suavemente, sin chocar unos con otros.

Á distancia cortaban bruscamente el horizonte algún trasatlántico enorme, ó un cañonero, limpio y blanco, como las gaviotas refugiadas en lo alto de sus mástiles.

Dulce y sereno caminaba el sol hacia su ocaso. Aun faltaban más de dos horas para que se hundiera en el fingido límite del mar, inflamando de púrpura las velas latinas—cuchillos de los vientos—que se abocetaban en la lejanía.

El cielo, tranquilo, horro de nubes, tenía una tersa quietud azul.

Conforme la lancha se alejaba del puerto, se sentía la grata frescura del espacio libre. Á ambos lados, surgía del agua la fronda de los pueblecillos costeros y próximos á la capital. Las aguas se rizaban levemente.

—Buena tarde—murmuró Antonio.

—¡Bien maja que está para calar en ca del *Roxu!*...—respondió el botero.

—¿Cerca?

—¿Ve el señorito aquellas rocas que se alzan á la izquierda?

—¿La torre del diablo?

—La misma. *Ye* detrás. Un chigre donde dan almejas y percebes, con una sidra que pasma.

—Sobre todo la sidra, ¿verdad?

—La sidra y to. Pero más que nada la sidra.

Le chispeaban los ojos al decirlo. Antonio Almenara sonrió.

«¡Vaya por Dios! También borracho. Debía de ser una alhaja el nombre.»

—¿Qué? ¿Remo hacia allá?

Antonio Almenara se encogió de hombros.

—Como quieras.

El botero imprimió un rápido avance á la lancha. La proa aguda y filante cortó con más ímpetu las aguas, que se abrían en un ángulo breve y espumoso. El vientecillo fresco azotó con más viveza el rostro de Antonio.

El mar perdía de un modo imperceptible su placidez serena del puerto. Al color obscuro y sucio sustituía la transparencia verde...

Antonio Almenara, con la vista fija en las peñas de *La torre del diablo*, recordó su leyenda.

Era un sitio maldito y peligroso. Los barcos le huían. Tantos ó más escollos como surgían del mar, había debajo, erizados y puntiagudos. El agua se arremolinaba, se embravecía en torno de las rocas, horadándolas en caprichosos arcos y fantásticas grutas. La imaginación popular pobló el rocoso islote de leyendas trágicas y misteriosas, y cuando en los días de borrasca desaparecía alguna lancha pesquera y se hundían para siempre en el mar sus tripulantes, las mujeres maldecían á *La torre del diablo*, y hablaban de las sirenas, cuyos cantos sonaban en medio del fragor de los truenos y del viento, y cuyas carnes iluminaban la luz lívida de los relámpagos.

—¿Y si fuéramos allá?—propuso repentinamente Antonio Almenara.

El botero le miró estupefacto.

—¿Adónde? ¿Á la torre?

—Sí.

—¿Está loco?

—¿Tienes miedo?

Se le encendió el rostro al hombre de mar.

—Vaya, vaya, señor. No busquemos tres pies al gato. Lo de menos *ye* que le abran las peñucas un *furaco* á la barca. Lo de más es que... ¡Amos! ¡Que no!... Aun no va para tres días he visto *la Huestia*, y no quiero morir... Déjelo estar.

Antonio Almenara se encogió de hombros.

—Como quieras... Te lo hubiera pagado bien.

—Déjelo estar.

Hubo un largo silencio.

El botero remaba despacio. Una profunda arruga

le tajaba verticalmente la frente, viniendo á morir en la unión de las cejas negras y cerdosas.

—¿Y... cuánto daría?

—Pide.

—¿Cinco duros?

—Te doy seis.

Inmediatamente después de decirlo se arrepintió. Las pupilas del remero se abrigaron con un fulgor extraño, clavando instintivas la mirada en el pecho de Antonio, adivinando la cartera.

—¿Vamos allá?

—Vamos.

No hablaron más. El remero era hábil y viejo en el oficio. Antonio Almenara manejaba el timón diestramente.

Se acercaron á las rocas. El agua era allí más brava y espumosa. Estaba bajando la marea, y los picos peligrosos quedaban al descubierto, fáciles de evitar.

Una ansiedad febril que reseca sus fauces, que aguzaba sus sentidos y ponía menudas gotas de sudor en las frentes, acometía á los dos hombres. Cambiaban palabras secas, cortantes.

—¡Cuidado!

.....
—¡Así!

.....
—Cia.

.....
—El izquierdo.

.....
—¡No! ¡Atrás!

Llegaban.

El bote avanzaba y retrocedía con bruscos empujones del agua. Alguna vez tropezó con la roca, y sonaba un crujido. Los hombres maldecían.

Al fin lograron sujetarla en un pico saliente. Los escollos habían formado una especie de estuario, donde la embarcación podía quedar al abrigo, mientras los hombres subían á las rocas.

La ascensión fué difícil.

Los pies se resbalaban entre las algas y el verdín. Al paso de los hombres salían de entre las quebras de las peñas gaviotas, que agitaban el aire con sus alas fuertes y sus chillidos agudos.

De pronto, Antonio Almenara lanzó un grito. Á sus pies, empotrada en la roca, cubierta de lapas y conchas menudas, había una cajita de hierro.

El botero acudió en seguida.

—¿Qué ye?

—Mira.

Costó trabajo sacarla de la hendedura. Se les ensangrentaron las manos. Debía llevar muchos años escondida allí, á cubierto de las aguas.

Antonio la golpeó con una piedra. El hierro, roído por el orín, se partió fácilmente. Dentro...

¡Oh! Dentro había monedas de oro, un collar de perlas, unas sortijas.

Al botero se le crisparon las manos.

—¡Contra! Paez de una novela.

Antonio Almenara contaba las onzas, las medias onzas... El remero fué á coger el collar de perlas, y él le contuvo.

—¡Eh, amigo! Paciencia. Esto no es nuestro.

—¿Cómo que no?

—Como que no. Esto hay que entregarlo en la Comandancia. Luego, ya veremos.

El botero se echó á reír.

—¡Vamos! El señorito bromea. Eso es para los dos. ¿Qué necesidad hay de enterar á naide?

Antonio se encogió de hombros.

—Tú opinas así. Yo no.

Se había puesto de pie repentinamente, temiendo un ataque. El botero, erguido frente á él, apuñaba las manos. Un jadeo angustioso le conmovía el pecho. Las pupilas le brillaban homicidas.

—Pues hace mal el señorito. Mire que voy por las buenas. Y mire que podría quedarme con todo.

Antonio Almenara comprendió que había ido demasiado lejos. Sintió encogérsele el corazón. Frío extraño le hormigüeo en las manos y en los pies.

—Bueno. No discutamos. Bajemos á la lancha, y cuando lleguemos al puerto lo repartimos.

—¿Palabra?

—Palabra.

Él mismo cogió el cofrecillo. Ambos pensaban en lo difícil que sería salir de las rocas un hombre solo.

—Baja tú delante...

El descenso fué más peligroso. Resbalaban los pies en la roca húmeda. Las manos, doloridas y sangrientas, no tenían fuerzas para asirse á las salientes y á las plantas parásitas.

Empezaba el crepúsculo.

Salieron en silencio, luchando desesperados con las aguas embravecidas. Ya en el espacio de mar tranquilo, el botero soltó los remos.

—Bueno. Ahora á repartir.

—Espera, hombre. Ten paciencia.

—No la tengo. No me da la gana. Venga. El collar para mí.

Antonio Almenara miró angustiosamente en torno suyo. El puerto estaba lejos. La noche avanzaba rápidamente.

Su misma cobardía le hizo audaz.

—¿Y si yo no quisiera repartir ahora?

—Le mataba á usted.

Antes de que Antonio pudiera esperarlo, se echó sobre él el botero. Sintió que las manos ásperas se clavaban en su cuello. Fué una lucha brutal, despiadada, silenciosa, entre los dos hombres.

El bote se balanceaba siniestramente. Los pies

tropezaban en las joyas, en las monedas de oro que había en el fondo de la barca.

Y, sin saber cómo, Antonio Almenara pudo apoderarse del cuchillo que el marino llevaba en la cintura, y se lo clavó en un costado. Su enemigo lanzó un grito ronco, abrió los brazos y cayó de espaldas en el agua.

Un remolino de espuma rojiza, un vaivén fuerte en la barca, y Antonio se vió libre y solo. Á sus pies, entre el agua del fondo de la barca resbalaban los monedas de oro, el collar de perlas, las sortijas...

II

No se presentó en la Comandancia de Marina. No dió á nadie cuenta de lo ocurrido. Pasó toda la noche sin dormir, y cuando á la mañana siguiente salió de la casa consignataria de vapores, con el billete para un transatlántico alemán que zarparía aquella tarde, Antonio comprendió que el rumbo de su vida había cambiado por completo, y que al defenderse contra el ladrón, había despertado dentro de él otro ladrón.

JOSÉ FRANCÉS.



AL MERCADO

De fotografía.



A. Cacciarelli F. C.

LOS PRIMEROS PASOS

Cuadro de Cacciarelli.



EL ALMA DEL CALIFA

I

Elegido del Profeta para espejo de su gloria,
Cien combates le brindaron el laurel de la victoria,
Cien dolores desgarraron su indomable corazón;
Era cumbre, y ostentaba la grandeza de la altura;
Era mar, y de los mares encerraba la amargura;
Y era rey, aunque en las venas tuvo sangre de león.

Su mirada refulgía cual relámpago de acero;
Su justicia aniquilaba como el hacha del guerrero;
Su venganza caminaba con empuje de huracán,
Y en la paz cual en la lucha, siempre firme y sin desmayo,
Negro abismo iluminado por la cólera del rayo
Era el alma misteriosa del tercer Abderramán.

Sus dominios se ensanchaban como el sol en las esferas,
—Sin obstáculo, sin dique, sin estorbo, sin fronteras,—
Como el sol, que está seguro de mirar todo á sus pies.
Y era un grito cada piedra y un temblor cada muralla
Cuando al viento desplegaba su estandarte de batalla
El terror de las ciudades: el Califa cordobés.

Su palacio era un ensueño de magnífica opulencia,
Sus diamantes sobornaron de un Imperio la conciencia,
Sus esclavas eran rosas encendidas de pasión;
Cual prodigio de su gloria levantábase la Aljama;
Su renombre por el mundo iba en alas de la Fama,
Y su genio era muy grande, y más grande su ambición.

Y aún más grande, como noche de pavor y de agonía,
En el campo de su vida la tristeza se extendía
Cual retama gigantesca, cual mandrágora fatal;
Ni en los mares de la dicha navegó la regia barca,
Ni hubo mieles que endulzaran la amargura del Monarca,
Ni un capullo de sonrisa que alegrase el abrojal.

No hay palmeras que engalanen las orillas del Mar Muerto;
No hay jazmines ni claveles en la arena del desierto;
No hay violetas en el cráter del volcán abrasador,
Y en el pecho devastado por envidias y traiciones,
Cuando mueren esperanzas y no brotan ilusiones,
Como adelfa ensangrentada surge el odio triunfador.

II

Se encendieron almenaras en lejanos horizontes,
Y, luciendo cual pupilas en la cresta de los montes,
Arrancaron un rugido al Califa musulmán:
Un rugido formidable de amenaza tremebunda,
El rugido fragoroso de la mar cuando iracunda
Quiere erguir hasta los cielos las espumas de su afán.

Con el vuelo de la flecha, dos mancebos africanos
Escalaron las montañas, descendieron á los llanos,
Y, al entrar en la campiña que fecunda Guad-Kebir,
Con asombro contemplaron uno y otro mensajero:
Como un campo todo espigas, una vega toda acero,
Galopando fulgurante á la voz del gran Emir.

Del Emir que, á rienda suelta, avanzaba en su caballo,
Anhelandó dar castigo á traiciones del vasallo

Que en Zamora, cual rebelde, tremolara su pendón.
«¡Guerra y muerte!», van gritando los jinetes musulmanes;
Y volaban los corceles como un bando de alcotanes,
Y el Califa murmuraba: «¡Guerra á muerte! ¡No hay perdón!»

En peligro está el rebelde; en peligro está Zamora;
Su temor es un silencio que se acrece hora tras hora;
Son de sangre los arroyos que hasta el Duero raudós van;
Todo es rojo: tres combates han tendido su alcatifa,
Rojos son los alquiceles de la hueste del Califa,
Y son rojos los designios del soberbio Abderramán.

Cual la herida de un coloso, una brecha hay en la torre,
Y por ella la esperanza como hirviente sangre corre;
Mas no cedan los rebeldes, ni se humillan al perdón;
Han templado sus alientos en la hoguera del delirio,
Y entre el yugo del esclavo ó la gloria del martirio,
Ben Yacub y sus guerreros, cual la torre, piedra son.

Y una noche negra y triste como el alma de un villano,
Una noche en la que el sueño con su influjo soberano
Abrió treguas en el ansia de matar ó de morir,
Profanando del silencio la grandeza abrumadora,
Un sollozo formídable rasgó el pecho de Zamora
Y un clamor de regocijo llenó el campo del Emir.

III

Un malvado despreciable de la raza de los viles
Que han nacido, como Judas, con entraña de reptiles,
Allegóse hasta el Califa, y, con gozo de traidor,
Entregando á un pequeñuelo que asustado gime y llora,

Así dice: «¡Ten la llave de la plaza de Zamora!
¡Ten al hijo del rebelde que ha ofendido á su señor!»

Entre el luto de la noche, como vértigo, cual flecha,
Cruza el campo, salva el Duero, y, á galope, por la brecha
Un guerrero mus'emita entra al fin en la ciudad.
Su mirada es una chispa altanera como un reto,
Y la guardia le abre paso y se inclina con respeto
Cual se inclinan las palmeras al sentir la tempestad.

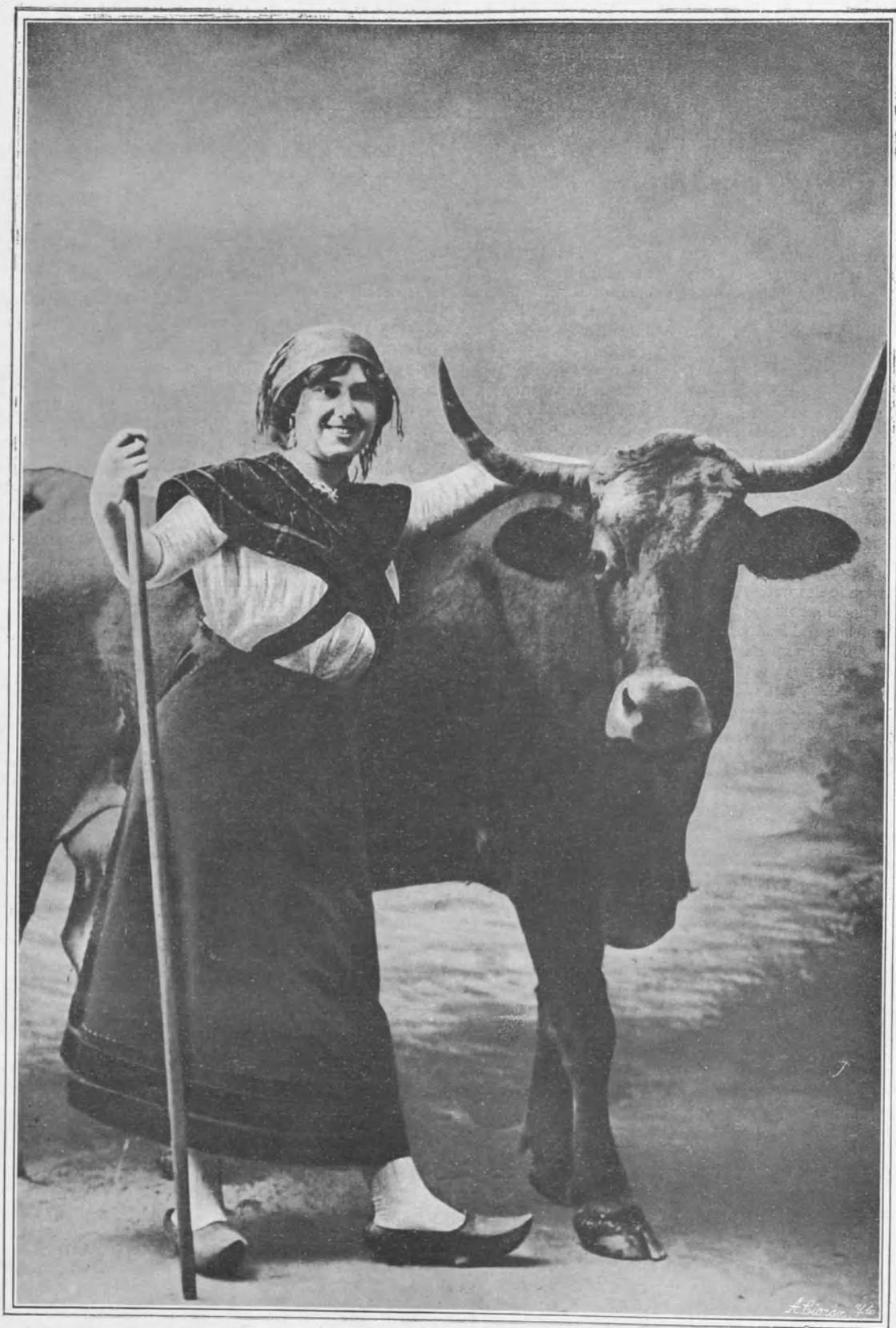
En la torre del Alcázar, abrumado por la angustia,
Ben Yacub mira á su esposa, que parece cual flor mustía,
Mientras flota el estandarte que aún convoca á rebelión.
Al perder al hijo amado que era luz de su existencia,
Sólo aguarda de la muerte redentora la clemencia:
Que la muerte es el descanso cuando estalla el corazón.

Y á la torre del Alcázar, que es penacho de Zamora,
El guerrero muslemita ha llegado con la aurora
—Que entre púrpura se alzaba del Oriente en el altar,—
Y con gesto soberano de ternura y de consuelo
Puso en brazos de los padres al amado pequeñuelo,
Y les dijo blandamente: «¡Que no llore al despertar!»

Cuando el sol brilló en el cielo como emblema de victoria,
En su gloria sintió envidia admirando aquella gloria
De unos padres sollozando de un guerrero ante los pies.
El niño despertaba arrullado por la brisa,
Y á los labios del guerrero asomaba una sonrisa:
¡La primera! ¡La más dulce del Califa cordobés!

M. R. BLANCO-BELMONTE.





ESCENA GALLEGA

Al prado.

El amigo obsequioso.

SEGURAMENTE, ustedes creerán que el agua de Seltz, los tirantes, la goma de los sellos, la tortilla y otra porción de cosas por el estilo y diversas, son lo más útil que existe.

Pues, no, señores; lo de verdadera utilidad es el amigo obsequioso, el amigo que se presta á ejecutar los menores deseos de ustedes y, si es preciso, anticiparse á ellos.

¿Quién no conoce, por lo menos, á uno de estos aficionados á meterse en todo, sin que les reporte á ellos la menor ventaja?

—¿Me hace usted el favor de decirme cómo sigue el enfermo?

—Lo mismo.

—¿No recibe?

—A su familia únicamente y á Candiano.

—¿Candiano?

—Un íntimo, según parece, del enfermo. Él se ha presentado aquí y no hay modo de separarle de la cabecera, ni con los perros de presa.

Efectivamente; Candiano, apenas tuvo noticia de los primeros quejidos y de que se proyectaba dar al enfermo unas píldoras, se instaló en la casa, dispuso á su antojo y hasta coció él mismo el agua para despellejar un poco por el cogote al paciente.

—No se moleste usted.

—Señora, por Dios. ¿Si yo no cuido á Toribio, quién le va á cuidar?

—Nosotras.

—Ustedes son mujeres y sólo atienden á las cosas frívolas. Mientras yo preparo los sinapismos, ¿por qué no se van ustedes á la sala y hacen un ratito de música y hasta dan unas vueltas de vals?

Otras veces Candiano muestra sus buenos oficios en momentos más agradables y surge íntimamente unido al torero cuando éste ha tenido una buena tarde, al cómico en día de su beneficio ó al ministro después de una votación nominal.

—¡Qué triunfo! Yo estoy contentísimo, porque quiero á éste como si fuese un hermano.

Y al decir esto, para que nadie lo dude, le suelta un metido cariñoso en plena boca del estómago. El festejado está á punto de saltarle al pescuezo y ahogarle; pero recordando que todo es cariño, se limita á decirle:

—Bueno, ámame lo que quieras, pero las manos quietas.

En estos días solemnes es cuando el amigo cariñoso y efusivo se muestra en todo su esplendor.

—¿Han visto ustedes qué toro el cuarto de es'a

tarde? Para mí que sabía hasta el álgebra superior.

—Sí que estaba difícil.

—Más que un final de mes. Gracias á que estaba yo.

—¿Pero usted le ha convencido al bicho?

—Hombre, no; pero tenía la seguridad de que aquí, Sinforoso, le iba á matar que ni *Frascueto*.

El diestro, como es natural, halagado, dirige una sonrisa á Candiano, y éste, en el colmo del entusiasmo, se levanta, da un abrazo al torero y dice:

—Ahora mismo vas á tomar un poquito de Seltz.

—Hombre, no; si no tengo sed.

—Después de las corridas la bebía siempre *Lagartijo*. ¡Voy á buscar un sifón!

Y en medio de la estupefacción general, el amigo obsequioso se precipita escalera abajo y á los dos minutos se presenta triunfante con la botella, exclamando:

—Tú no tienes que preocuparte de nada, estando yo en este mundo.

Los artistas son los que principalmente tienen en torno suyo admiradores y amigos que se ponen hasta de coronilla por servirles.

Á lo mejor está uno de espectador pacífico en un teatro, y al oír al tenor gritar como si le martirizasen de verdad, no puede menos de exclamar:

—¡Caray! Parece el pito del tren descendente de Santander.

—¿Cómo dice usted?—pregunta airado otro espectador contigo.

—Digo que ese tenor desafina más que un estereero.

—Pues sepa usted que Garrotini es amigo mío y una eminencia, y yo no consiento que nadie le falte.

Si usted, espectador pacífico y protestante, no quiere tener bronca y terminar la noche en la Comisaría, se limita á encogerse de hombros y decir:

—Por mí, bueno. Ya puede estar desafinando hasta el Sábado de gloria.

Esto, como es natural, le enorgullece al amigo del artista, el cual, apenas acaba el acto, penetra en el *camerino* del cantante, y abrazándole, le dice:

—¡Colosal! ¡Admirable! Aquel *mi* del aria es un monumento!

—Gracias. Ha sido un *re*.

—¿De verdad? No me engañes á mí que soy tu amigo leal.

Las demás personas que están en el cuarto del artista, contemplan con envidia al recién llegado, y éste, para acabar de coronar su importancia, relata lo que le ha sucedido en las butacas.

—Por supuesto, que yo creo que ese espectador es que tenía dolor de hígado. De otro modo no se comprende que dijera que éste desafina. ¡Pero ha llevado su merecido!

Al decir esto se levanta, arregla un poco la peluca al cantante y se vuelve á sentar, añadiendo:

—¿Pero de veras no ha sido un *mi*? Ten en cuenta que yo soy tu amigo de verdad.

Esta clase de sujetos no se pagan ni con todo el dinero que hay en el Banco de España.

No hace muchas noches tropecé con uno de esos obsequiosos, que me saludó sin que yo le conociera. Gracias á que acercándose misteriosamente me dijo:

—Soy Regúlez.

—Pero hombre, si va usted disfrazado de pobre de pedir limosna.

—Es por hacer un favor á un amigo.

—¿Le está usted reuniendo dinero?

—Es que voy á pasar por fumista en esa casa donde vive la novia de mi amigo, y con el pretexto de reconocer las chimeneas la entregaré una

carta. ¡Hay que estar alerta con el padre, que es muy bruto!

Efectivamente; el amigo obsequioso parecía un deshollinador de verdad.

Regúlez penetró en la casa, y no había yo andado media docena de pasos, cuando oi gran estrépito y voces. El amigo complaciente salía huyendo como si detrás de él viniera un miura, y quien iba era el padre de la muchacha, con una estaca en la mano, diciendo:

—¿Á mí engaños? Toma, por sinvergüenza.

—¡Caballero! ¡Es que soy amigo del novio de su hija!...

—¿Sí? Pues dale de mi parte este recado.

Y, al decir esto, ¡zás!, le sacudió dos estacazos en las costillas.

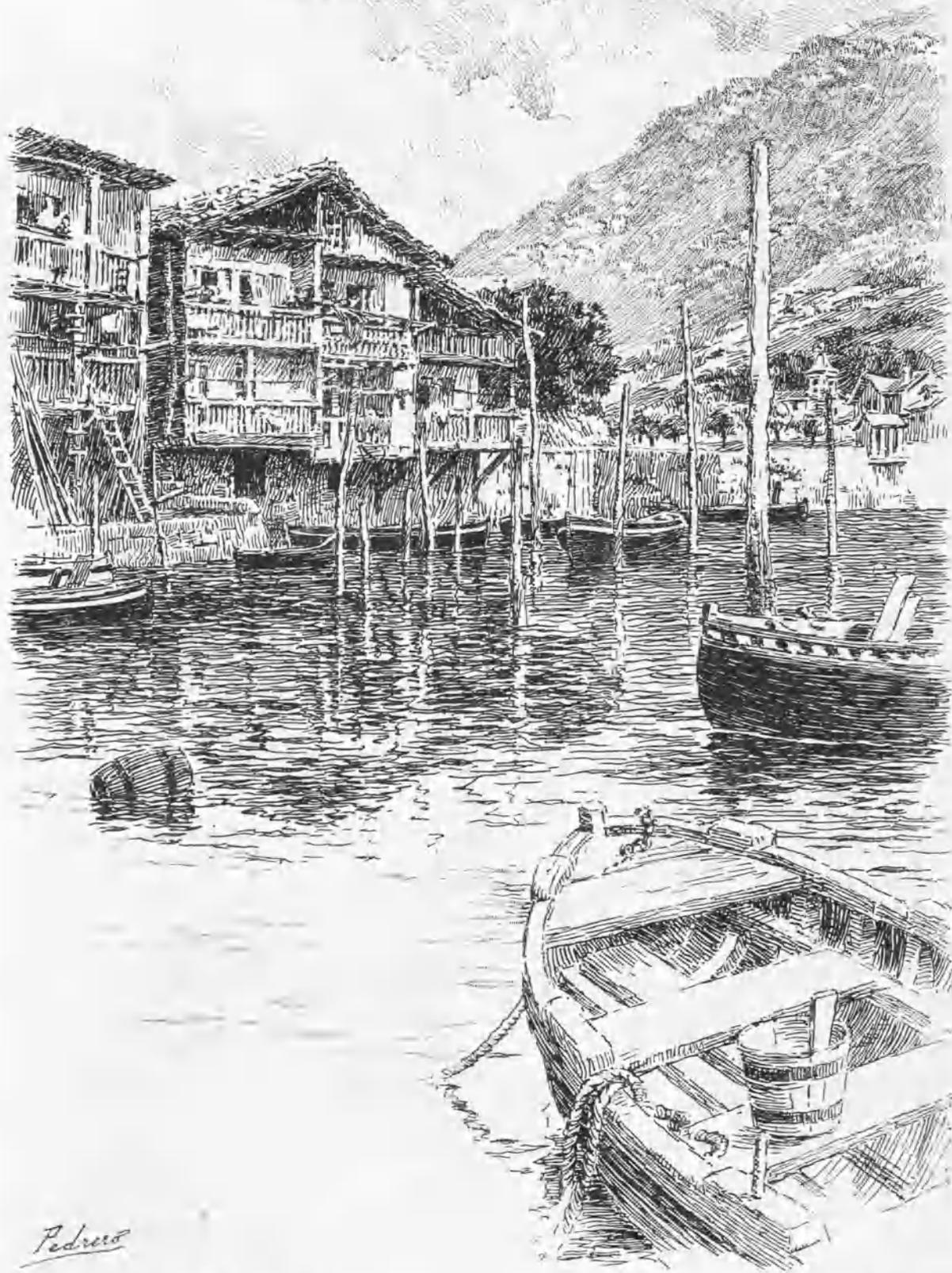
Á veces, el ser amigo obsequioso tiene sus quiebras.

A. R. BONNAT.



ESCENA ASTURIANA

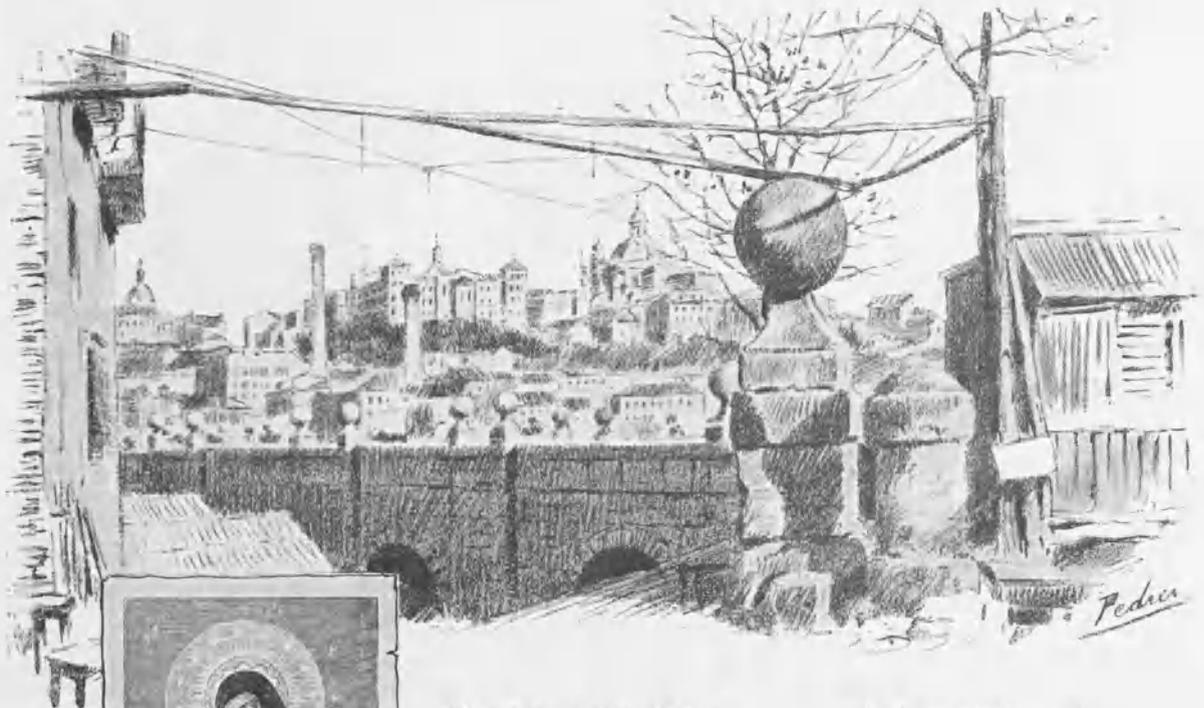
Maconeros de Peña Mellera.



Pedrero

PAISAJES ESPAÑOLES. por Pedrero.

Puerto de Pasajés.



MI MUSA

Yo no sé cómo es mi musa,
No sé si es rubia ó morena,
Yo no sé si alta ó baja;
Sólo sé que es madrileña;
Á veces se me figura
Que es una mocita de esas,
De las de cuerpo castizo,
De las de cara risueña;
En su decir es alegre,
Y con su mirar marea;
Lleva pañolón de flores,
Y huele á nardo y verbena;
Son sus ojos parlanchines,
Y es su talle de palmera,
Son sus andares graciosos
Y es su porte de real hembra.
Otras veces me la veo
En un altar donde reina
Allá, por los barrios bajos,
En una ermita pequeña,
Y la dicen «La Paloma»,
Y es paloma por lo esbelta,

Y es paloma por lo blanca,
Y es paloma por lo buena;
Desde muy niño, mi madre
Me enseñó á rezar ante ella;
Y es para mí una alegría
El visitarla y quererla,
Que habrá pocos madrileños
Que á su Paloma no quieran;
Por eso, por ser la Virgen
Más castiza de mi tierra.
Yo no sé si es la Paloma
Mi musa, quizá lo sea.
Yo no sé cómo es mi musa,
No sé si es rubia ó morena,
Yo sólo sé que me inspira
Para mis coplas modestas
Algo que es muy madrileño,
Algo que á mi me interesa;
Lavapiés y Maravillas,
El Barquillo, las Peñuelas,
Los majos de aquellos tiempos,
Las majas de aquellas épocas;
Los romances de la Cruz
Y los sainetes de Vega;
Quizá el agua del Cerrillo
Influya en tales quimeras,
Ó, quizá la del Lozoya,
Que es típica, aunque no buena;
Serán los ayes flamencos
Ó el rasgar de las vihuelas;
Será el sonar de organillos
Y el ambiente de verbenas,
Y el eco de romerías
Ó el de frases picarescas;
Serán los grupos de gentes
Que, sobre el arroyo, esperan,
Entre decires y danzas,
Al día que ya clarea,
Para continuar su lucha
Y proseguir sus faenas

Será esa gente que ríe,
Que trabaja y que se alegra,
Y sabe ocultar sus lágrimas,
Y sabe ocultar sus penas;
Será el ambiente pesado
De las viciadas viviendas;
Quizá el humo de figones,
Ó el respirar de tabernas,
Ó esos pobres del arroyo
Lanzados á la golfemia,
Ó esos mocitos de «tufos».
Ó esas mozas pintureras;
¡Qué se yo!, pero es el caso
Que escribo, y escribo á ciegas,
Pensando en no sé qué pienso
Que me hace pensar de veras,
Y al propio tiempo me anima,
Y al propio tiempo me alegra,
Y mis coplas serán malas,
No serán mis coplas buenas;
Bien haya quien bien las cante,
¡Si yo cantarlas supiera!...

Yo no sé cómo es mi musa,
No sé si es rubia ó morena,
Yo no sé si es alta ó baja,
Sólo sé que es madrileña.

ANTONIO CASERO.



EXPOSICIÓN CANINA

(España.) - "El Perdiguero."



MARIANO
FELEZ
MADRID - 1915



SUEÑO DE LA NOCHE DE REYES

De fotografía.

“El Greco se va.”

LA última vez que estuve en Toledo, fué en circunstancias que me hicieron experimentar muy nuevas emociones.

Llegado de Cáceres, bajé en la estación de Bargas, donde esperaba una jardinera que habría de trasladarnos á la imperial ciudad.

Colocado en el primer banco de ella, emprendimos la marcha, pasando pronto por el pueblo y dirigiéndonos hacia la antigua carretera.

La tarde expiraba, y antes de llegar al camino real, parecióme ya percibir la silueta de Toledo al frente. Nunca había penetrado en la ciudad por aquel lado.

Cuando obscureció más, iluminóse de pronto; mil focos de luz determinaban sus planos y monumentos. Fué, en verdad, un efecto sorprendente.

Entrando por la puerta nueva de Visagra, subimos rápidamente las cuestas, parando á la entrada de la plaza.

Zocodover ofrecióse radiante de luz y concurrencia.

Dirigíme al Hotel Imperial, adonde siempre he parado, por parecerme que participaba algo del ambiente del Alcázar que lo domina, y pasando por su portal, lleno de pesadas cajas de viajeros, lo encontré todo modernizado.

Como aun tuviera tiempo, volví á la plaza, la que con los cafés, de flamante construcción con fachadas modernistas, las tiendas nuevas y los focos eléctricos ofrecía para mí inusitado aspecto.

Marchando hacia la calle del Comercio, vi que competía, por lo animada y luciente, con cualquiera de las más alegres de Madrid, presentando en todo una renovación completa.

Volviendo después al Miradero, con su gran iluminación y su cine de timbre inaguantable, miré á aquellas horas al antiguo Toledo que desde él se divisaba, extrañamente iluminado.

Una modernísima casa de cuatro pisos, con horrible montera de pizarra á la francesa, destruía todo el efecto de la perspectiva por aquel lado; esto acabó con mí paciencia: no hay, ciertamente, derecho á tanto, á romper tan abiertamente con la ley estética de la armonía.

Encontraba á Toledo totalmente desconocido; necesitaba ver si aun quedaba allí algo genuino y propio; así que, terminada la cena, volví á la calle, separándome de las principales y penetrando por aquellas que consideraba más apartadas.

En ellas la visión de la antigua ciudad parecía

volver á ofrecerse, por más que en tal noche los focos eléctricos brillaban demasiado.

Andando de unas en otras, vine á parar á la Casa del Greco, á esa nota típica é íntima con que el buen marqués artista ha dotado á Toledo, y rodeando sus tapias y sintiendo su ambiente estaba, cuando un viejecillo, que hallábase sentado sobre una piedra, incorporóse, y echando á la espalda un hatillo de ropas y cogiendo con su mano unos hierros viejos, dirigióse á mí exclamando:

—Caballero, caballero; no voy á pedirle á usted nada; sólo le ruego que me escuche.

Á aquellas horas, y á haber tenido menos edad el personaje, hubiera esquivado todo diálogo; pero al ver su decrepitud y blancos cabellos, parecióme curioso el atenderlo y respondíle:

—Diga lo que quiera; lo escucho.

Entonces exclamó con vehemencia:

—Caballero; yo soy el Greco, y al encontrarlo á usted por aquí á estas horas supongo que me conocerá y hasta me apreciará en algo.

Pobre loco; pensé para mí; pero él prosiguió:

—Á mi me pasan cosas tremendas en Toledo; yo sufro aquí horriblemente; esta noche he venido á esta mi casa, á dormir en ella, y me despiden sin piedad...

—¿Pero no se murió usted hace siglos?—le repliqué.

—Aquella fué una muerte aparente—añadió,—humana, por decirlo así; pero mi espíritu tiene que vivir aquí siempre; debía vivir; mas como ahora lo encarna este pobre cuerpo, me lo llevo fuera, lo destierro y alejo, porque en este Toledo no puedo ya vivir; todo se me niega, todos me repelen. Caballero, usted me entiende, usted me aprecia; diga por ahí que ha hablado esta noche con el Greco, y que éste se va de Toledo porque en él ya no cabe.

Y, gimiendo casi, me volvió las espaldas, y con torpe paso marchó sonando sus huesos y sus hierros, en dirección del puente de San Martín, cuando más saludable, sin duda, le hubiera sido encaminarse al *Nuncio*.

Aquella noche, ya en el lecho, desperté cuando aun todo era tinieblas, y la visión del pobre Greco fué lo primero que asaltó mi mente: «¿Qué será de él á estas horas, pensé?»

Á poco sonaron las cinco en el reloj del arco del Cristo, y á seguida una luz eléctrica cercana, cuya llave oí funcionar, iluminó la estancia, á la par que un timbre llamaba al camarero.

Entonces pensé: «El Greco, tiene razón; aquí ya no puede vivir; su locura lo lleva á ser un símbolo; pero no es él el que se marcha: es la Toledo del Greco la que desaparece.»

N. SENTENACH.

De cómo Tío Roquiño dejó este mundo miserable.



Siglo tras siglo, guiados por el lácteo resplandor estelar, protegidos por piadosas hermandades de caballeros, los peregrinos llegaban en devota muchedumbre desde los más remotos términos europeos. Sin dejar el bordón ni quitarse los harapientos hábitos de camino, cuyos desgarrones y mugre proclamaban los trabajos de las luengas jornadas, derramando su alegría en ardorosos himnos cantados en las hablas más diversas, una feliz mañana penetraban bajo las húmedas bóvedas que cobijan las reliquias del protoevangelizador de las Españas.

Puestos ánimo y ojos en descubrir lo antes posible el sedente simulacro del apóstol, revestido de plata, cuajado de gemas, que bendice á la cristianidad desde el sagrado recogimiento de su camarín, al trepar anhelante por el suave alcor, en cuya altura media asiéntase la basilica, apenas entreveía el piadoso viajero la robusta faz de la sagrada fábrica, defendida por macizas torres, recias como fortalezas; casi no tenía miradas para la soberbia «Gloria» que da acceso al templo, arquitectónica alegoría del triunfo de la Iglesia; no paraba atención en las semivivientes esculturas de apóstoles y profetas, sostén y fundamento de la comunión cristiana, que consideran impasibles el azaroso curso de las generaciones peregrinas desde los fustes de las columnas del pórtico; no admiraba el coro de ancianos músicos, arrobados en celestial coloquio, que orna la archivolta; ni aun se espantaba de la exangüe fantasma gigantesca del tremendo Cristo-Juez, coronado emperador del universo, que en el timpano muestra las llagas de su cuerpo y exige virtudes en reparación de ellas.

No mirando semejantes maravillas, mucho menos podría advertir el viajero la vil criatura humana, ciega, muda, sorda y parálitica, hirviendo de pústulas y llagas, arrumbada al pie de uno de los pilares del pórtico, desde tiempo inmemorial, como apesotado montón de carne y trapos. Sólo por el sonoro jadeo que sacudía su pecho diferenciábase de las grotescas máscaras de pecados esculpidas en el obscuro granito del basamento de las arcadas con cincel despiadado y sarcástico. Nadie sabía cómo ni cuándo había venido á posar en tal sitio. Los más ancianos recordaban haberlo visto allí siempre: parecía tan antiguo en el puesto como los húmedos sillares del edificio. Era la imagen de la suprema degradación infrabestial, colocada donde los hombres acudían implorando remedio en sus

necesidades, para que, por grande que fuera su angustia, siempre comenzaran su plegaria con un acto de gracias: «¡Gracias te doy, Señor, porque no me hiciste como al misero tío Roquiño!» Y sólo de considerarlo, no había corazón dolorido que no saliera consolado.

Dignidades de la curia episcopal, vecinos de la ciudad y foráneos rivalizaban en celo por cuidar de aquel hijo de Dios sin ventura: no había manjar apetitoso servido en monacal refectorio ó en mesa de hidalgo de que no fuera apartada una porción para el babeante hocico de Roquiño, tan infeliz que ni de sus manos acertaba á servirse, y de algún prelado santo se contaba que en noche glacial habíase erguido de su lecho para ir á cubrir con una de sus propias mantas, suaves y esponjosas, el cuerpo del monstruo, que roncaba á la intemperie sobre las losas de la entrada del templo, jamás cerrado.

Corrían así los años y los años, y tío Roquiño seguía siempre tan incommovible como las estatuas del pórtico. Mil veces á su alrededor había vibrado la segur de la muerte, que á hecho corta vidas de mozos y ancianos, sin que la Segadora encontrara manera de llevárselo entre sus terribles haces.

No puedo seguir adelante sin descubrirnos un recóndito misterio de los más hondos y tremendos, de los que rigen nuestra existencia humana. Cuidad de no divulgarlo. Sólo entre elegidos pueden ser tratadas estas verdades fundamentales y eternas. El secreto es este: nadie se muere sin estar en sazón para ello, sin que en lo más escondido de su alma haya suspirado por la liberación de la cárcel de la existencia. La vida entera no es más que una lección de muerte; aprender á renunciar sintiendo el vacío que ocultan las falsas delicias del mundo. Por eso tienen esa dolorosa prudencia precoz los niños destinados á desaparición prematura: cuando debían embriagarse con el brillo de las apariencias saben la yerta vanidad de todas ellas. Mas el misero tío Roquiño, cerrado á piedra y lodo á toda sensación del universo, á nada podía renunciar porque no conocía cosa alguna, y la Muerte rondaba en torno suyo sin encontrar en él punto vulnerable.

La Vida misma hartóse de contar entre su gente aquel despreciable guiñapo de humanidad, y cierta vez que topó con su hermana la Muerte, escondida tras el sillón del coro en que dormía un prebendado del capítulo, hubo de amonestarla por dejar aquel

sér á su cargo por tan larguísimo tiempo. No habría lengua humana capaz de traducir el coloquio de las dos espantables mellizas; coloquio tierno y afectuoso, pues jamás existieron hermanas tan bien avenidas como la Vida y la Muerte. Confesó la segunda su impotencia ante quien no estuviera adorado para la paz eterna, y entonces la primera, cruel como la Muerte, ¿qué digo?, mil veces más cruel que ella, ya que la Segadora devuelve los hijos al reposo del seno del Padre, mientras que la Nutriz sólo aspira á alejarlos de él, acercóse cauta al hediundo rincón donde dormitaba Roquiño en su permanente inconsciencia; tocó con sus vivificadoras manos los ojos, boca y oídos del durmiente; apoyólas sobre su corazón, suscitando la tempestad de los instintos; sobre su frente, evocando el pensamiento, y... «¡Despierta! —le dijo.— ¡En un punto serás maduro para presa de muerte!»

Amanecía. Tío Roquiño abrió por primera vez sus ojos á la rosada luz de la aurora... (Nuestra pobre vida es un decaer perenne que comienza en la cuna; cuando nos damos cuenta de ellas, ya nuestras sensaciones han perdido aquella pristina limpieza virginal del sentir primero, y en adelante, según vamos viviendo, no sentimos las cosas, sino que heladamente recordamos haberlas sentido en otro tiempo. Por eso no sabré yo explicar, ni comprender vosotros, las deliciosas sensaciones que en aquel instante dilataron el pecho de Roquiño: sólo el padre Adán podría darnos razón de ellas.) ¡Santo Dios! ¡El esplendor de las nubes de brasa sobre el pálido espejo de los cielos! ¡La suavidad de la línea de cumbres de los montes, la frescura de bosques y praderas!

De pronto alzaron las campanas su solemne coro sobre la basílica, llamando á los fieles para la misa primera. ¡Qué oleada de celestes vibraciones que se metían carne adentro, haciendo palpar las entrañas con su son, como follaje de árbol con el viento! Alzó Roquiño la vista en busca de la causa de aquel deleite, y sus ojos se encantaron en la contemplación de bóvedas y arcos, esculturas y ventanales.

Un tenue rumor arrancólo á su éxtasis: una menuda figurilla de mujer, con pesado rebocío obscuro sobre la frente, avanzaba hacia el templo. Al pasar por su lado puso los ojos en el infeliz tío Roquiño, cuyo corazón comenzó á latir inquieto, como fiera enjaulada. ¡Qué tendría aquel sér, que con su sola vista se llenaba de sabrosa angustia el alma! Exhalaba en un suspiro el monstruo la opresión de su pecho, cuando descubrió un personaje masculino que llegaba raudo detrás de la doncella. Alcanzóla en el pórtico, antes de que penetrara en el templo, y allí, al pie de Daniel y de Elías, á dos pasos del atormentado Roquiño, fué un breve diálogo

ardiente, rematado por un inacabable beso que el mancebo depositó en la mano que le tendía al partir la doncella. Roquiño se ahogaba: deseos monstruosos, contradictorios, frenéticos, surcaban su espíritu como relámpagos.

Nada observó ya de cuanto le rodeaba: ni las turbas peregrinas que entonaban en bárbara canturía: «¡Santiago, hijo del trueno, acoge benigno el trueno de nuestros labios!», ni el firmamento de cirios que relucían en torno á la efigie del Apóstol, ni los densos vapores fragantes del incienso... ¡Oh!, ¡los ojos de la doncella!... ¡El miserable que había osado besar sus manos! Amor y odio confundíanse en un mismo hervor en el volcán de su pecho...

Tocaba á tercia la campana cuando la doncella se le pareció otra vez delante. Venía sonriente, y tío Roquiño, al ver el resplandor que la sonrisa efundía por el semblante de la niña, sentía cómo todas sus turbulentas pasiones trocábanse en dulcísimo arrobó. En tanto, ella se le acercaba, y abriendo un canastillo que traía en el brazo, rompía á hablar cariciosa, como madre con niño:

— ¡Mira, Roquiño!.. ¡Aquí te traigo cosas bien ricas!... No te faltará hambre, pobrecillo. Segura estoy de que en toda la mañana no habrá habido alma cristiana que se acordara de tu buche sin fondo.

Y sin asco ante el pestífero olor del pudridero en que Roquiño se encontraba, sacó de su cestillo pan y viandas, partiólas con sus manos, inclinóse sobre el monstruo, y llevó una porción de manjar á su repugnante befo colgante. Roquiño creía morir de delicias. De los vestidos de la doncella desprendíanse embriagadores efluvios, que lo aturdían como trago de mosto. Ansiaba coger aquellas pulidas manos y llevarlas como pan á su boca, como había visto hacer al aborrecido galán. Pero sus muertos brazos no obedecían á su voluntad y sólo lograba suspirar.

La niña lo miraba maravillada.

— ¡Qué lindos ojos tienes en tu asquerosa cara, Roquiño!... ¡Qué lindos ojos!... Hasta hoy no te los había visto. ¡Cualquiera los encuentra entre tanta basura y pelambreira!... ¡Si alguno te lavara!... Aparte el alma cristiana, no hay bestia más abandonada que tú... ¿Qué tienes que lloras, tío Roquiño de mi alma?

Intentaba depositar porciones de alimento entre los labios del monstruo, quien, ahogado de su anhelo, no acertaba á deglutir lo que llenaba su boca. ¡Si lograra poner en sus manos un beso largo, largo!

Y de pronto, tío Roquiño halló palabras en su garganta. Imploró:

— Niña..., ¡tus manos!... ¡que yo las bese!...

La doncella se levantó toda espantada.

— ¡Cómo!... ¿Sabes hablar?... ¿Qué dices?... ¡Jesús!

¡Jesús!... ¡Que en tío Roquiño se ha metido el demonio!

Y huyó veloz, dejando su cestillo abandonado.

Tío Roquiño se quedó yerto de asombro. ¿Tanto se asustaba de que él pretendiera lo que había otorgado gustosa al mozo madrugador? ¿Qué había en él para que así se horrorizara? Y entonces se miró... Se miró, y con creciente dolor fué descubriendo sus miserias hediondas.—¡Oh! ¡No! ¡No era él como el otro! ¡Jamás podría verlo sinasco la

doncella hermosa! ¡Mejor morir que vida semejante!—Loco de angustia prorrumpió en sollozos desesperados.

Viólo llorar la Vida, y deteniendo á la Muerte que se deslizaba fuera, después de haberse apoderado por sorpresa del soñoliento dignatario, díjole mostrando al tío Roquiño:

—¡Tómalo!... ¡Es tuyo!

RAMÓN MARÍA TENREIRO.



¡ADIÓS!

Cuadro de Bisson.

Articulos para regalos de Navidad



Arenal, 8 Ultramarinos. Confiteria. Madrid

Perfumería Inglesa.

La mejor surtida en productos extranjeros garantizados.



3, CARRERA DE SAN JERÓNIMO, 3.-MADRID



ABANICOS, SOMBRILLAS,
PARAGUAS
y BASTONES

Julián González Frayle

Sucesor de SERRA



ESPECIALIDAD EN
ABANICOS ARTÍSTICOS ANTIGUOS Y MODERNOS

ARENAL, 22 DUPLICADO.-MADRID

CASA NAVAS

REPRESENTACIÓN y VENTA **RÖNISCH**
EXCLUSIVA de los célebres pianos

LOS MEJORES DEL MUNDO

y DEL **CECILIAN** DE LOS EE. UU.

REY DE LOS AUTOPIANISTAS

PIANOS RÖNISCH - CECILIAN

á 65-88 y 65 y 88 notas.

LOS MÁS PERFECTOS Y ARTÍSTICOS

¡¡Maravilla musical!!

Piano **DEA** eléctrico.

Reproductor de la ejecución de los grandes

virtuosos del piano, previa impresión directa de los mismos.

Pianos "**CUSSÓ SFHA**" primera marca española.

PIANOS ROBERT MAUREL-PLYEL, ETC.



AUTOPIANOS

VENTAS A PLAZOS

Pianos.

HARMONIUMS

CAMBIOS.-REPARACIONES

SALA DE AUDICIONES,
EXPOSICIÓN Y VENTA

OFICINAS, DEPÓSITO
Y ALQUILERES

Calle de FUENCARRAL, núm. 20. Calle de FUENCARRAL, núm. 33, 1.º

==== MADRID.-TELÉFONO 3983 =====

Gran Bodega en Haro, la más importante de la región.



OTRAS BODEGAS: Valdepeñas - Noblejas - Alcázar de San Juan
Santa Cruz de la Zarza - Huerta - Elciego - Labastida - Ricla - Alicante - Monóvar.

La más poderosa casa española entre las dedicadas á la elaboración
y comercio de vinos



Domicilio social -- BILBAO

VINOS FINOS DE RIOJA



==== Gran Premio - Exposición Universal Bruselas 1910. ====



:: EXPORTACIÓN Á TODO EL MUNDO ::

Agua de Colonia Sto. Domingo de Alquézar.



Primer premio
 en todas las Exposiciones
 que se ha presentado
 de GÉNOVA, PARÍS, LONDRES,
 AMBERES, BRUSELAS 1908
 : : : y MADRID 1907 : : :

● Es indiscutiblemente la mejor
 Agua de Colonia que se conoce.
 La más higiénica y antiséptica, de
 perfume más fino y permanente. ●



Gran Farmacia de Sto. Domingo, Preciados, 35.
 : : : Farmacia del Centro, Peligros, 9. : : :
 Droguería de Alquézar, Corredera Baja, 59.

DEPÓSITOS.—Barcelona: Hijo de José Vidal y Rivas, Hospital, 2; D. Eugenio Sarrá, Ronda de San Pedro, 7; D. Gabriel Cañadó, Fernando VII, 3; Sres. Vicente Ferrer y Compañía, Princesa, 1; Sres. J. Uriach y Compañía, Moncada, 20.—Mahón: D. Francisco Seguí, San Fernando, 34; D. Antonio Tuduri, Arravaleta, 12.—Alcira: D. Enrique Sales, Mayor Santa Catalina, 50.—Soria: D. José Morales, Collado, 6.—Toledo: D. Gregorio Lozano, Hombre de Palo, 23.—Palencia: D. Dámaso Aguado, Mayor Principal, 63.—Vivero: D.ª Aurea Moas Saavedra, Plaza de la Constitución, 14.—Ferrol: D. César Heyder Augueira, Perfumería.—Coruña: Sucesores de F. del Villar Real, 82.—La Guardia: D. Edmundo Gándara, El Nuevo Paris.—Santander: D. Antonio Victorero, Isabel II, 8.—Torrelavega: D. Antonio Guerra García, Perfumería; D. Adolfo Ruiz Ogario, Concepción, 6.—Salamanca: D. Juan José Villalobos, Toro, 32 y 34.—Gijón: Droguería Cantábrica.—Orense: D. Juan Sánchez Marco, Instituto, 44.

EN LOS PEDIDOS AL POR MAYOR DIRIGIRSE Á : : : : : : : : :

NICOLÁS ALQUÉZAR CARCELLER

: : : : : : : : : CALLE DE PRECIADOS, 35, MADRID

Servicios de la Compañía Trasatlántica.

LÍNEA DE FILIPINAS ☺ ☺ ☺

Trece viajes anuales, arrancando de Liverpool y haciendo las escalas de Coruña, Vigo, Lisboa, Cádiz, Cartagena, Valencia, para salir de Barcelona cada cuatro semanas directamente para Port-Said, Suez, Colombo, Singapoore, Ilo-Ilo y Manila. Salidas de Manila cada cuatro semanas, asimismo, directamente para Singapoore y demás escalas intermedias que á la ida, hasta Barcelona, prosiguiendo el viaje para Cádiz, Lisboa, Santander y Liverpool. Servicio por transbordo para y de los puertos de la Costa oriental de Africa, de la India, Java, Sumatra, China, Japón y Australia.

LÍNEA DE NEW-YORK-CUBA-MÉJICO ☺ ☺ ☺

Servicio mensual, saliendo de Génova, Nápoles, Barcelona, Málaga y Cádiz, directamente para New-York, Habana, Veracruz y Puerto Méjico. Regreso de Veracruz y Habana directamente para New-York, Cádiz, Barcelona y Génova. Se admite pasaje y carga para puertos del Pacífico, con transbordo en Puerto Méjico, así como para Tampico, con transbordo en Veracruz.

LÍNEA DE VENEZUELA-COLOMBIA ☺ ☺ ☺

Servicio mensual, saliendo de Barcelona, Valencia, Málaga y Cádiz, directamente para las Palmas, Santa Cruz de Tenerife, Santa Cruz de la Palma, Puerto Rico, Puerto Plata (facultativa), Habana, Puerto Limón y Colón, de donde salen los vapores para Sabanilla, Curaçao, Puerto Cabello, La Guayra, etc. Se admite pasaje y carga para Veracruz y Tampico, con transbordo en Habana. Combina por el ferrocarril de Panamá con las Compañías de Navegación del Pacífico, para cuyos puertos admite pasaje y carga con billetes y conocimientos directos. También carga para Maracaibo y Coro, con transbordo en Curaçao, y para Cumaná, Carúpano y Trinidad, con transbordo en Puerto Cabello.

LÍNEA DE BUENOS AIRES ☺ ☺ ☺

Servicio mensual, saliendo de Barcelona, Málaga y Cádiz, directamente para Santa Cruz de Tenerife, Montevideo y Buenos Aires; emprendiendo el viaje de regreso, desde Buenos Aires y Montevideo, directamente para Canarias, Cádiz y Barcelona. Combinación, por transbordo en Cádiz, con los puertos de Galicia y Norte de España.

LÍNEA DE FERNANDO PÓO ☺ ☺ ☺

Servicio mensual, saliendo de Barcelona, Valencia, Alicante y Cádiz, directamente para Tánger, Casablanca, Mazagán, Las Palmas, Santa Cruz de Tenerife, Santa Cruz de la Palma y puertos de la costa occidental de Africa.

Regreso de Fernando Póo, haciendo las escalas de Canarias y de la Península indicadas en el viaje de ida.

Estos vapores admiten carga en las condiciones más favorables, y pasajeros, á quienes la Compañía da alojamiento muy cómodo y trato esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Rebajas á familias. Precios convencionales por camarotes de lujo. También se admite carga y se expiden pasajes para todos los puertos del mundo, servicios por líneas regulares. La empresa puede asegurar las mercancías que se embarquen en sus buques.

AVISOS IMPORTANTES.—Rebajas en los fletes de exportación.—La Compañía hace rebajas de 30 % en los fletes de determinados artículos, de acuerdo con las vigentes disposiciones para el servicio de Comunicaciones Marítimas.

SERVICIOS COMERCIALES.—La Sección que de estos servicios tiene establecida la Compañía, se encarga de trabajar en Ultramar los Muestrarios que le sean entregados y de la colocación de los artículos cuya venta, como ensayo, deseen hacer los exportadores.

LÍNEA DE CUBA-MÉJICO ☺ ☺ ☺

Servicio mensual á Habana, Veracruz y Tampico, saliendo de Bilbao, Santander, Gijón y Coruña, directamente para Habana, Veracruz y Tampico. Salidas de Tampico, Veracruz y Habana, directamente para Coruña y Santander. Se admite pasaje y carga para Costalirme y Pacífico, con transbordo en Habana al vapor de la línea de Venezuela-Colombia.

Para este servicio rigen rebajas especiales en pasajes de ida y vuelta, y también precios convencionales para camarotes de lujo.

LA MODA ELEGANTE



Trajes de casa para señorita.

Fotografía de Talbot

AÑO LXXII

La Moda Elegante Ilustrada

PRECIOS DE SUBSCRIPCIÓN

EN MADRID

EDICIÓN DE LUJO

(Única completa.)

Un año, 36 pesetas;
Seis meses, 18; Tres meses, 9;
Un mes, 3.

EDICIONES ECONÓMICAS

SEGUNDA EDICIÓN

Un año, 24 pesetas;
Seis meses, 12; Tres meses, 6;
Un mes, 2.

TERCERA EDICIÓN

Un año, 18 pesetas;
Seis meses, 9; Tres meses, 4,50;
Un mes, 1,50.

CUARTA EDICIÓN

Un año, 12 pesetas;
Seis meses, 6; Tres meses, 3;
Un mes, 1.

EN PROVINCIAS

EDICIÓN DE LUJO

(Única completa.)

Un año, 40 pesetas;
Seis meses, 21; Tres meses, 11.

EDICIONES ECONÓMICAS

(Sólo para España y Portugal.)

SEGUNDA EDICIÓN

Un año, 24 pesetas;
Seis meses, 12; Tres meses, 8.

TERCERA EDICIÓN

Un año, 18 pesetas;
Seis meses, 9; Tres meses, 5.

CUARTA EDICIÓN

Un año, 14 pesetas;
Seis meses, 7; Tres meses, 4.

DEMÁS PAÍSES DE EUROPA

Un año, 50 francos. — Seis meses, 26. — Tres meses, 14.

En PORTUGAL rigen los mismos precios que en provincias, á razón de 180 reis por peseta.

Las suscripciones deberán empezar precisamente desde 1.º de cualquier mes.
Tanto de *La Moda Elegante Ilustrada* como de *La Ilustración Española y Americana*, se facilitan números de muestra, gratis, en las principales librerías y por su

Administración: Preciados, 46, Madrid.

